

ción distinta entre el centro y la Federación, con un sistema cuyas reglas de funcionamiento —y aun de civilidad— se modifican continuamente, con medios de comunicación que han asumido una actitud diferente ante la autoridad, y ahora incluso con cada vez mayores dudas de los actores principales sobre la efectividad de los órganos electorales, la reflexión sobre el papel y los rasgos del político se vuelve fundamental. A final de cuentas la política la hacen los hombres de carne y hueso.

Ante esta situación actual se vuelve importante rescatar lo que Segovia señalaba en 1988 cuando diferenciaba al hombre de Estado del hombre de gobierno. Escribió: “El hombre de Estado tiene la obligación de asentar las bases de un futuro casi siempre incierto por el juego de los factores sociales y económicos, de los políticos sobre todo; el hombre de gobierno debe acudir, en la medida de lo posible, a resolver los problemas más urgentes, capaces de dislocar una situación social por lo que ésta, siempre, puede generar como protesta y como disrupción.”¹⁰

MAURICIO REYES

SOLEDAD LOAEZA, *El Partido Acción Nacional: la larga marcha, 1939-1994. Oposición leal y partido de protesta*, México, El Colegio de México, 1999, 607 pp.

Hay libros que se escriben porque sí, porque surgió la oportunidad de examinar un archivo, porque se logró robarle tiempo al tiempo y se pudo investigar y escribir lo que se había planeado años atrás, o porque hubo los recursos para llevar adelante un proyecto inviable hasta ese momento. En contraste, están los libros cuya aparición no tiene nada de casual, sino que su autor calibró las circunstancias y se lanzó de lleno a ofrecer algo que los tiempos demandaban, a dar su punto de vista y contribuir a moldearlos en la medida en que un libro puede hacerlo. En este caso, tiempo, obra y voluntad coinciden. El libro que aquí se presenta, *El Partido Acción Nacional: la larga marcha, 1939-1994. Oposición leal y partido de protesta*, de Soledad Loaeza, pertenece a este último tipo de obras, las que buscan responder a interrogantes que no son sólo interrogantes para el autor sino para la comunidad. Desde luego esa respuesta es también una toma de posición, una participación en el juego que se analiza.

¹⁰ “Los hechos impacientes”, *Cuadernos de Nexos*, núm. 5, diciembre de 1988. Reproducido en Segovia, *Lapidaria...*, p. 326.

Lo que ha ocurrido en los últimos tres lustros del siglo XX se puede caracterizar como un proceso de transición; el régimen formado a lo largo de los 20 años posteriores al fin de la etapa armada de la Revolución mexicana está sufriendo el cambio de algunas de sus características básicas y se encamina a una nueva fórmula muy difícil de predecir en su naturaleza. Esa nueva fórmula se supone será democrática pero igual pudiera no serlo. En cualquier caso, la naturaleza de este nuevo capítulo de la historia política mexicana tiene a los partidos políticos como actores centrales, al menos hasta ahora, y es necesario, indispensable, urgente saber exactamente quiénes son estos actores que, como conjunto, están influyendo cada vez más en nuestras formas cotidianas de vida.

Sensible a ese hecho, Soledad Loaeza puso manos a la obra para tener el resultado justo a tiempo. Esto significa que hace varios años —cinco— inició esta investigación que hoy se presenta ya terminada como una historia y como una interpretación de uno de los grandes actores políticos del proceso en el que ya estamos inmersos: el de la elección del 2000, una elección que será más competida que las inmediatas anteriores y, esperamos, se dará en situaciones menos inequitativas que en el pasado y donde el PAN desempeñará un papel central.

Pase lo que pase en el 2000, con este libro Soledad Loaeza ya nos proporciona una serie de claves para interpretar ese proceso, pero también, a mi juicio esto es lo más importante, ofrece una interpretación de la naturaleza del sistema político mexicano en su conjunto y de su evolución desde la perspectiva de una de sus piezas: el PAN.

Una de las propuestas centrales que Soledad Loaeza le hace al lector de esta obra es dividir los 60 años de existencia del PAN en dos grandes periodos, donde la variable principal es la capacidad del autoritarismo posrevolucionario para mantener vigentes sus características fundamentales. Así pues, una es la historia de 1939 a 1982 y otra la de 1982 hasta hoy. Mientras se mantuvo el sistema basado en el presidencialismo fuerte y en las elecciones sin competencia —la etapa clásica—, el PAN tiene un lugar relativamente secundario entre las piezas del rompecabezas político mexicano, pero, cuando por causas básicamente ajenas a ese partido de “oposición leal” u “oposición testimonial” el centro del sistema tradicional de poder pierde coherencia y fuerza, entonces el papel del PAN, como el de la oposición en general, cambia de manera sustantiva.

Queda muy claro, del análisis de la autora, que el cambio en el sistema político de México, en la naturaleza de la coalición gobernante, se debe a fuerzas que estaban muy por encima del PAN y de cualquier oposición mexicana. La expropiación de la banca que lleva a cabo José López Portillo en 1982 es resultado de una crisis profunda, terminal, de la manera de asignar

los recursos de la sociedad por parte de la autoridad, que venía de los años treinta. Y esa crisis coincide con un cambio en la naturaleza del Estado en las economías centrales de Occidente (el *thatcherismo*), que luego se engarza con el desplome de la Unión Soviética y el triunfo del capitalismo en su versión estadounidense.

Todo lo anterior llevó a un desprestigio del tipo de intervención del Estado que era, justamente, la que daba legitimidad al autoritarismo mexicano. Por otro lado, esa misma característica del sistema internacional permitió al PAN reivindicar la justeza de algunos de sus principios básicos o clásicos que, sin ser enteramente compatibles con la "*market economics*" y la globalización, estaban más cerca de ellas que la postura tradicional del presidencialismo mexicano.

Soledad Loaeza desarrolla con mucha finura la contradicción principal del PAN en el primer periodo. Se trata de un tipo de oposición que termina por ser muy funcional al sistema que dice combatir. El PAN como un partido de las "minorías excelentes", en el sentido de Ortega, no amenaza para nada el monopolio del poder del PRI y sí, en cambio, le sirve perfectamente para la difusión de una visión del mundo donde la derecha, la reacción y la contrarrevolución están resumidas en el PAN y, por tanto, el presidencialismo y su partido, el PRI, son todo lo contrario. Si Manuel Gómez Morín no hubiera creado el PAN, al sistema le hubiera faltado una pieza para funcionar bien.

En la segunda parte, los términos cambian. Y la paciencia del PAN, el haber resistido la "travesía por el desierto", como bien le llama la autora, le abre posibilidades de ejercer el poder, parcialmente, claro está: en municipios, en estados, le ofrece corresponsabilidad en las legislaturas y, por un breve tiempo, presencia ministerial. Son éstos los tiempos de la ganancia, pero la ambigüedad no se ha resuelto del todo. El PAN adquiere una fuerza inimaginable en los años de Gómez Morín y los fundadores, pero parte del precio por pagar es que sigue siendo útil, funcional, al proyecto del presidencialismo. Carlos Salinas tuvo quizá en el PAN un apoyo más consciente de sí mismo, de su papel, que en el PRI.

Soledad Loaeza se sumerge en el mar profundo de las ideas centrales del PAN, de sus influencias externas, y de ahí nos trae las joyas. Para empezar, el hispanismo. Hoy esa parte inicial del PAN ya casi no se nota, pero tuvo un peso decisivo. Mientras en México privaba el indigenismo, el PAN recogió el hispanismo que las élites porfiristas habían empezado a cultivar pero que la Revolución tronchó. Y ser hispanista en los años cuarenta no era un juego inocente, pues el hispanismo de carne y hueso era el de la España de Franco. Luego el partido va cambiando y las influencias católicas se van sucediendo unas a otras; la renovación que se da en el Vaticano se re-

fleja en el PAN, hasta llegar a lo más reciente, a la influencia alemana, el solidarismo y la democracia cristiana. Queda claro que el concepto central, sea el de la "acción" en su origen o el del "bien común" después, no es un concepto bien definido; tiene la debida ambigüedad para operar en una realidad cambiante, ayudar y no entorpecer.

La relación del objeto de estudio con el mundo externo tiene, obviamente, un mundo interno. Desde fuera, el mundo panista no parece ser de gran intensidad, sobre todo en la época en que no había ningún poder que disfrutar o, al menos, administrar. Grave error de apreciación. Soledad Loaeza nos presenta la lucha interna, constante, a fondo. El origen está en la dicotomía Manuel Gómez Morín-Efraín González Luna. El primero, el hombre de acción, de mundo, el político deseoso del quehacer. El otro, el pensador católico, el doctrinario, el concentrado menos en la búsqueda del poder y más, mucho más, en la razón moral de ser del nuevo partido. La pugna entre los que desean participar y los que desean abstenerse de entrar en un proceso electoral donde los dados están cargados va a estallar en los años setenta. Lo importante es que la dicotomía, el enfrentamiento de posiciones, va a transformarse a lo largo de sesenta años, pero no va a desaparecer y la lucha interna no va a disminuir sino, al contrario, se va a intensificar. En momentos clave la tensión desemboca en fractura, en salidas dramáticas, abandonos del partido, de quienes acusan de traición a los que finalmente dominaron en la disputa interna. Queda claro que la disputa por la pureza ideológica no es patrimonio de la izquierda. Las razones del conflicto se vuelven más evidentes y serias cuando el PAN logra responsabilidades de poder. Cada una de estas grandes pugnas internas está muy bien analizada por la autora, que busca ser lo más distante posible pero que tiene, al fin de cuentas, una simpatía por aquellos que no pueden ser considerados doctrinarios, a los que califica de modernos, por su capacidad de adaptar el PAN a su entorno, un entorno que básicamente lo conforma el presidencialismo y su partido.

La hipótesis que subyace a lo largo de este complejo entramado es que la pugna interna entre visiones competitivas sobre el PAN, México, su presente y su futuro, es la que mantuvo a Acción Nacional como un organismo vivo. Claro que también pudo haberlo destruido.

La representatividad del PAN es otro tema que se toca a todo lo largo de la obra. Con mucho cuidado se hace la disección de las minorías excelentes que luego dejan el PAN al ser cooptadas sin mayor problema por la política de Miguel Alemán, que abre el poder a los universitarios. Poco a poco, según la autora, el PAN se va a convertir menos en un partido de clase —aunque evidentemente lo es— y más en uno donde la región y lo regional se colocan en el centro de su razón de ser. Y la autora toma como propia una

propuesta explicativa que se puede resumir así: en los años ochenta la clase social y la ocupación se debilitaron como referentes de la acción política frente a la dimensión cultural y territorial; desde esta perspectiva, con la que se puede estar en desacuerdo, pero no se puede ignorar o desechar de antemano, la rebelión electoral contra el presidencialismo y su partido es más una rebelión de las regiones que de las clases.

Las clases no serán tan importantes como lo fueron para Marx en el análisis de la lucha política, pero siguen siendo un factor explicativo y el PAN está más identificado con unas clases que con otras. Y el análisis de las relaciones entre el PAN y los empresarios es otra de las líneas bien exploradas por la autora. La desilusión inicial ante el abandono por parte de empresarios a un PAN que insiste en la lucha por los valores, y el retorno de esos mismos empresarios, sobre todo los medianos, cuando la relación con el presidencialismo autoritario también los desilusiona.

El trabajo no tiene su centro en el análisis electoral, pero son muchas las páginas destinadas a interpretar qué significa que en cada elección el PAN haya avanzado o retrocedido en determinados estados; si, como señalé, las regiones son un factor importante en la explicación de Soledad Loaeza, pues entonces los cuadros estadísticos que aquí están se destinan sobre todo, aunque no exclusivamente, a leer al PAN por la vía de las regiones.

Vale la pena subrayar que el análisis electoral en este libro no se concreta exclusivamente a los resultados de los comicios. Una parte muy importante está dedicada a la legislación en la materia, uno de los puntos fuertes del PAN. En México la legislación electoral cambia en cada sexenio y en alguno cambia varias veces. Todos estos cambios son analizados en la medida en que influyeron en los éxitos o fracasos del PAN o en la medida en que el PAN influyó sobre los primeros.

Nadie puede pretender la objetividad en el análisis social y, menos, en el político. Soledad Loaeza toma partido simplemente al dedicar muchos años a tratar de entender al PAN, su surgimiento pero, sobre todo, su evolución. Aborda su objeto de estudio con la confianza de alguien a quien el universo de los Gómez Morín, González Morfín, Christlieb Ibarrola, José Ángel Conchello, Luis H. Álvarez, Carlos Castillo Peraza o Diego Fernández de Ceballos —la “minoría excelente”— no le es extraño. Sin embargo, este libro está escrito desde una cierta distancia, la que le es propia al científico social, y el lector que quiera identificarse con el PAN encontrará muchos datos e interpretaciones, pero también aquel para quien este partido no es la mejor opción e incluso sus adversarios. La objetividad relativa, a la que puede aspirar el buen analista, está conseguida.

La evaluación final, muy positiva. Hasta ahora el PAN no ha cambiado nada sustantivo en la sociedad mexicana, pero en el mundo de la política,

según la autora, la evolución del sistema electoral le debe mucho al esfuerzo de Acción Nacional. Por otro lado el PAN es ya lo que sus fundadores apenas soñaron: un poder real. El partido “testimonial” o ese gueto al que tantas veces se refiere la autora, ya es historia.

Esta historia se queda en 1994, pero es imposible resistir la tentación y al final hay una toma de posición con motivo de la disyuntiva que se le ofrece ahora al PAN: a) el partido “puede optar por la vía democristiana, apoyarse en la amplia identidad cultural que le ofrece el catolicismo para trascender las barreras de clase y penetrar en el mundo de las clases populares”, y b) “la segunda vía [...] es la del populismo de derecha, antiestatista, que promete conectar al partido con hábitos tradicionales de la política mexicana, y un lenguaje familiar a amplios sectores de la población que rechazan la institucionalización de las decisiones y de los comportamientos políticos”.

Una última observación: el estilo. Nunca se puede agradecer suficiente en las ciencias sociales el buen estilo, la buena pluma. Este libro no considera que el lenguaje oscuro sea equivalente a análisis profundo. Quiero mostrarles algunas de las frases que son ejemplo de este estilo de análisis político de Soledad Loaeza. Son muchas, tomo algunas al azar. Sobre Clouthier: “El PAN fue relegado de las decisiones de Clouthier, y como si creyera que el populismo sólo puede ser vencido con sus propias armas, fue subiendo el tono de sus discursos conforme se caldeaban los ánimos y se cargaba la atmósfera política por el efecto de la intensificación de la competencia.” En relación al Jefe Diego dice: “su impaciencia en la discusión o el debate y su gusto por el ataque relámpago contrastaban con su fe en las guerras prolongadas”.

LORENZO MEYER

ILÁN BIZBERG (comp.), *México ante el fin de la Guerra Fría*, México, El Colegio de México, 1998, 397 pp.

El fin de la Guerra Fría —dice el compilador de este libro en su introducción— trajo la desaparición de los dos bloques dominantes de la posguerra y del equilibrio de poder que habían establecido. En este nuevo mundo multipolar “cada Estado está atenido a sus propias capacidades y fuerzas”. Ahora bien, el nuevo escenario de la política internacional es uno donde las rivalidades económicas han pasado al primer plano en detrimento de los aspectos político-militares y, en el contexto de la creciente globalización e in-